



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 internacional

Los intentos de construcción de nuevas subjetividades sociales. El proyecto de Cambiemos
María Antonia Muñoz
Tram[p]as de la comunicación y la cultura (N.º 83), e030, abril-septiembre 2018
ISSN 2314-274X | <https://doi.org/10.24215/2314274xe030>
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/trampas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

LOS INTENTOS DE CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS SUBJETIVIDADES SOCIALES

EL PROYECTO DE CAMBIEMOS

THE ATTEMPTS OF CONSTRUCTION OF NEW SOCIAL SUBJECTIVITIES

THE PROJECT OF CAMBIEMOS

María Antonia Muñoz

mariaantoniामunoz@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-2022-6974>

Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS)
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

La autora describe las estrategias narrativas del gobierno de Cambiemos en la Argentina, a la luz de nuevas formas de la política en el mundo. Reflexiona sobre los intentos de construcción de una subjetividad social que tiene como nudo pletórico el retorno al individuo feliz, trabajador y emprendedor.

Abstract

The authoress describes the narrative strategies of the government of Cambiemos in Argentina, in light of the new forms of politics in the world. It reflects on the attempts to build a social subjectivity that has as a full knot the return to the happy, worker and entrepreneur individual.

Palabras clave | ideología, fantasía social, subjetividad social

Keywords | ideology, social fantasy, social subjectivity

Recibido: 08/06/2018 | Aceptado: 22/08/2018

LOS INTENTOS DE CONTRUCCIÓN DE NUEVAS SUBJETIVIDADES SOCIALES

EL PROYECTO DE CAMBIEMOS

Por **María Antonia Muñoz**

Introducción

Hace unas décadas atrás, era impensable que la Argentina fuera gobernada por una mujer. También que hubiera presidentes negros, de los pueblos originarios o de los trabajadores. Tampoco era muy creíble que un Ministro de Educación, y candidato a senador, dijera abiertamente que era necesario generar dos tipos de ciudadanos: uno dispuesto a la inversión y otro acostumbrado a la incertidumbre.¹

Después de la crisis de 2001, para muchos era inimaginable que representara un valor positivo que un gobierno fuera gestionado por directores, por gerentes o por dueños de empresas. Y que, «a la postre», estos pretendieran estimular la inversión productiva dejando en claro que como «individuos» les convenía poner los capitales en el exterior. La vida política ha cambiado en las últimas décadas, sus escenas se renuevan constantemente y no resisten un análisis crítico.

Esas imágenes son indicadores de que la política, además de proyectos programáticos, también incluye la movilización de las pasiones, las emociones y los afectos en la formación de las subjetividades sociales. Y en el mundo estos ejemplos son muchos. Una parte del establishment internacional describe a Macron como el presidente «del optimismo y del amor», y a Trump como «el presidente del odio». Lo sintomático de este enfrentamiento entre estilos opuestos de liderazgo es el estruendoso silencio en torno a lo no dicho: las transformaciones del capitalismo financiero y rentista, del cual ellos son parte, y la enorme miseria de gran parte de la población como resultado de estas transformaciones.

El giro a la izquierda en América Latina se centró en la combinación de programas asociados a la igualdad política y social con una revalorización o una movilización de afectos positivos en torno a la Nación, la solidaridad, etc. Pero este giro también produjo un rechazo visceral, un odio, o un ejercicio de oposición ciudadana a muchos de los aspectos básicos de esa construcción de naciones alternativas. Así, por ejemplo, la «inclusión del otro» se convirtió en el rechazo a los «choriplaneros», a «las mujeres que tienen hijos para cobrar un plan» y en el pedido de mano dura para «los pibes chorros». Pero en la Argentina, se sabe, el odio (y su articulación con ciertos programas económicos) como factor político es históricamente conocido.

La hipótesis que se desarrolla en este artículo es que en la Argentina el gobierno de Cambiemos constituye una nueva fuerza política que intenta construir una subjetividad social que estructure el campo político más allá de los términos electorales a los cuales está sometido por mandato democrático. Para ello, se hará un rodeo por la política internacional, para mostrar que las características sintomáticas de los nuevos liderazgos son la persistencia de las dimensiones emocionales o pasionales frente a las crisis económicas.

3

El análisis se encuadra en la teoría del posfundacionalismo, que parte de la idea de que la política es una práctica asociada a la construcción de fundamentos siempre fallida, producto de los antagonismos a los cuales es sometida dicha tarea. No obstante, se avanzará con las categorías de ideología y de fantasía social para analizar la estructura retórica del gobierno. Los materiales con los cuales se trabaja son los discursos presidenciales, sumados a los datos estadísticos resultantes de la encuesta de valores mundial (*World Value Survey*).

Se parte de la idea de que, por más postideológica que se autodefinen una posición partidaria o gubernamental, la política es una práctica asociada a la construcción de fundamentos enfrentados a otros fundamentos; por tanto, siempre «faltante». Pero no siempre los gobiernos han pretendido construir subjetividades sociales novedosas que les permitan constituirse en organizadores de lo social. De allí el descubrimiento que se aborda en estas páginas: el gobierno nacido en 2015 intenta convertir una serie de fantasías sociales disponibles en el terreno de lo nacional, pero sobre todo del internacional, en un proyecto político susceptible de devenir hegemónico.

La ideología nunca se acaba, los nuevos antagonismos hacen historia

Nuevos y viejos liderazgos conviven en el mundo. Hay tendencias novedosas y otras no tanto. El joven Emmanuel Macron, actual presidente de Francia, llegó a la presidencia con un currículum asociado a la inversión bancaria y a la gestión pública. Fue Ministro de Economía, Recuperación Productiva y Asuntos Digitales pero renunció para liderar su organización electoral *En marcha!* Ganó las elecciones presidenciales en segunda vuelta (lo votó cerca de 24% en primera vuelta) contra su competidora del Frente Nacional, Marine Le Pen. Este acto eleccionario pareciera cristalizar un país dividido donde un tercio del electorado sostiene un imaginario conservador nacionalista del que Le Pen (la autodenominada «candidata del Pueblo») funciona como referente.

Como en la Argentina en tiempos recientes, la fórmula que ganó en Francia en la segunda vuelta operó en los deseos, los odios y los corazones de la gente. El cambio y la alegría se ubicaron en el centro de las campañas como factores de movilización electoral.² Macron se construyó sobre la imagen del presidente moderno y buscó identificaciones asociadas a las figuras del *management*, la juventud y el dinero (una de las recetas implementadas para pensar el «éxito» en el capitalismo). Su interpelación a la política es en tanto *techne*, como mero proceso de gestión, en su versión asociada a la administración de empresas, lo que sería una promesa de eliminación de los antagonismos.³ Por esta misma razón, se dirige a los trabajadores garantizándoles bienestar y consumo ilimitado, a la vez que a las empresas les promete ganancias. Y le recuerda a la política que hay que dar oportunidades para que los individuos desarrollen sus potenciales. A la sazón, se «auto» instala como paladín de la república.

No alcanza con definir la parte (en este caso, la construcción de una práctica política de la administración, cargada de movilizaciones emotivas de los individuos y de invisibilización de los antagonismos). Las identidades se constituyen siempre en el juego de espejos, en «identificaciones» con objetos, con imágenes, con líderes y con consignas positivas y negativas. Esto implica que es necesario analizar las «interacciones estratégicas» para definir las.

Mientras Macron, «el capitalista con cara humanista», se ubica como opuesto al fachismo modernizado de Le Pen, quien se presentó como la recuperación de los valores nacionales frente a la descomposición ética de una Europa en pleno fracaso económico, del otro lado del océano, otro emergente de la política prometeica, Donald Trump, presenta una fantasía centrada en la pacificación social, paradójicamente a través de fuertes operaciones de exclusión social, de racismo y de xenofobia.

Trump ganó la presidencia el mismo año que el francés y en calidad de *outsider* de la política, aunque no del mundo empresario. Por el contrario de Macron (que es el más joven), es el más viejo de los presidentes de Estados Unidos. La rama de la economía que lo hizo pertenecer al club de los más ricos del globo fue la de la construcción. Se enfrentó a la experimentada Hillary Clinton, liberal y demócrata, y gracias al sistema elector de Estados Unidos, diferente al de Francia, ganó las elecciones en el colegio electoral (no por el voto popular). Sus ataques contra los residentes mexicanos, latinoamericanos, negros, etcétera, parecen tener asidero en una parte de la población que considera que su situación de pobreza se debe a la competencia desleal de esa población: trabajadores que se ofrecen por menos precio en el mercado laboral. Las medidas proteccionistas que han logrado reducir el déficit o los incentivos a la soberanía energética para no depender de Venezuela se encuadran en su retórica nacionalista.

Algunos lo consideran un populista que amenaza a la democracia liberal, y ponen de relieve que este liderazgo se sostiene sobre una falsa promesa: devolver el poder al pueblo, pero constituyendo finalmente «democracias sin derechos». Así, las democracias en los países centrales se debilitan porque encuentran en la población un caldo de cultivo propicio: el nivel de vida se estanca y se producen movilizaciones de reacción identitaria frente la «democracia multiétnica». A esto se añade que los sistemas judiciales y los medios de comunicación también se corrompen para fortalecer el camino de líderes autoritarios que nacen en el seno, e incluso a través, de elecciones democráticas (Yascha, 2018; Levitsky & Ziblatt, 2018).

En ambos casos, lo que no está dicho pero que se impone por su propia fuerza son las consecuencias de un modelo global de la economía que sostiene la libertad de mercado (pedida siempre para los países subdesarrollados o periféricos, pero no para sí mismos) centrada en las finanzas (que hace que sean los ciudadanos de los países quienes paguen las crisis) y el aumento inusitado de la desigualdad social en el mundo. No se comprende por qué, si la desafección democrática está asociada al estancamiento económico, la solución demócrata liberal no pasa por sustentar otro tipo de pacto económico (generar impuestos mundiales y nacionales a los bancos, crear otro tipo de trabajo —no necesariamente anclado a sus antiguas formas—, involucrar a los Estados que han quedado «afuera» en la distribución de los recursos, etc.). En este sentido, los problemas que se atacan son más del carácter del síntoma que de la causa: la migración, la diferencia racial, la dudosa moralidad de grupos minoritarios, etcétera.

Hay un silencio que hace mucho ruido. Entre 2015 y 2016 seis empresas registraron más ganancias que los ingresos de 180 países, en gran parte, porque redujeron los salarios de sus trabajadores y aumentaron los de los CEO. Existe una tendencia a maximizar beneficios a través de la evasión fiscal, lo que genera pérdidas de 4.100 millones de dólares en los países «no desarrollados» a través de paraísos fiscales. Este modelo «empresarial» se ha dedicado a aumentar la rentabilidad de sus accionistas, más que las de los productores y los trabajadores, reduciendo también la inversión en infraestructura. En 1970, en el Reino Unido, entre los accionistas se distribuía 10% de los beneficios empresariales, mientras que en la actualidad perciben 70%. Sumemos a este mapa global que 69 de las 100 mayores entidades del mundo son empresas, no Estados Nación. Por ejemplo, Shell y WallMart tienen facturaciones más importantes que países enteros. En Estados Unidos, diez de las compañías más rentables generaron en 2015 beneficios por 226 mil millones de dólares. Si dicho dinero se repartiera entre todas las personas que habitan el planeta, a cada una le tocarían 30 dólares, que en muchos países es una cantidad mayor al salario mínimo de los trabajadores (Oxfam, 2017).

¿Una nueva fantasía social?

La revolución de la alegría y de las buenas intenciones

Se viene un tiempo nuevo, el tiempo del diálogo, del respeto y del trabajo en equipo, un tiempo de construcción con más justicia social. Repetidamente, a lo largo de la historia hemos vivido muchas divisiones. La confrontación nos ha llevado por caminos errados. Somos pasionales, y es bueno serlo, pero a veces esa pasión nos tiende una trampa, crea conflictos innecesarios, genera fanatismos que tantas veces nos arrastraron a la violencia, a la incapacidad de razonar y a la falta de amor. Tenemos que sacar al enfrentamiento del centro de la escena y poner en ese lugar al encuentro, al desarrollo y al crecimiento. En la pelea irracional no gana nadie, en el acuerdo ganamos todos. Para trabajar juntos no hace falta que dejemos de lado nuestras ideas y formas de ver el mundo, tenemos que ponerlas al servicio de nuestro proyecto común y lograr la construcción de un país en el que todos podamos conseguir nuestras formas de felicidad (Macri, 1/3/2018, en línea).

7

En el mundo, la crisis financiera internacional de 2008 impactó sobre los países más ricos y desgastó los «progresismos neoliberales», como se llamaba a los gobiernos de Barack Obama y a la candidatura de Hilary Clinton, quienes articulaban el mundo de las finanzas con reivindicaciones multiculturales. En la Argentina, la crisis de 2001 generó una descomposición del escenario nacional que le dio la oportunidad a otras identidades políticas; el kirchnerismo fue una de ellas. La otra logró construirse a nivel nacional hace apenas unos años.

Hacia marzo de 2015, Mauricio Macri y Elisa Carrió comenzaban a hacer público su acercamiento para presentarse a las elecciones presidenciales de ese mismo año. En junio, se hizo oficial la fundación de Cambiemos, frente electoral compuesto por la Coalición Cívica ARI, la Unión Cívica Radical y Propuesta Republicana (PRO). En pocos meses, las campañas que proponían la alegría como una forma de hacer política captaban la atención de muchos.

En noviembre de 2015, en segunda vuelta electoral, Cambiemos ganó con 51,34%, mientras que el Frente para la Victoria (FPV) obtuvo 48,66%.⁴ Esto fue una sorpresa para una parte de la sociedad argentina movilizada tras una identidad política, el kirchnerismo. Cómo en tan poco tiempo una alternativa electoral opuesta a la de la Presidenta podía ganarle al candidato oficialista parecía ser una pregunta válida.

En 2013, según la World Value Survey (WVS), de los candidatos que los argentinos declaraban preferir Macri estaba entre los últimos. La presidenta Cristina Fernández de Kirchner lideraba las encuestas (29,7%), mientras que Macri (4,5%) se ubicaba varios puntos detrás del socialista Hermes Binner (7,5%) y de Daniel Scioli (5,1%), a quien a la postre le ganó en las elecciones.

Por ese entonces, el kirchnerismo se configuraba como una ideología movilizadora, de origen peronista pero progresista, antineoliberal, antiimperialista y popular. Del otro lado, no se vislumbraban partidos que lograran captar la representación de un imaginario opuesto o antagonista. El escenario político argentino se presentaba como impredecible, en buena parte, gracias a una gran disponibilidad de electores que no se sentían identificados con ninguna opción.⁵

Después de la crisis de 2001, la fragmentación partidaria a nivel nacional fue notoria (Malamud & De Luca, 2016) y las elecciones presidenciales que siguieron mostraron el fin del bipartidismo (el peronismo y el radicalismo). La crisis de representación, sumada a la crisis económica, produjo una reserva electoral liberada de fidelidades partidarias para aceptar otro tipo de alternativas, aunque con comportamientos más volátiles. Así es como pueden encuadrarse las estrategias de reconstrucción del peronismo a través del kirchnerismo y del PRO, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

Aunque con niveles menores que en 2003, para 2015 existía un porcentaje muy importante de la población descreída de las instituciones políticas (partidos, poder ejecutivo, poder legislativo e, incluso, poder judicial) (Costa, 2018). A esto hay que sumar la persistencia de una parte importante de los ciudadanos con valores tecnocráticos y meritocráticos. Para ellos, la democracia era compatible con sostener expertos (no un gobierno) que tomaran decisiones en función de sus criterios y de las diferencias sociales, que permitieran producir incentivos para la competencia (según la WVS, en 2013 alcanzaban 47,1% los primeros y 40% los segundos).

En 2015, Cambiemos ganó las elecciones presidenciales. En 2017, se volvió a repetir el éxito a nivel legislativo. En la Cámara de Diputados, ganó CABA (con la fórmula «Vamos Juntos», que obtuvo 50,93 %; seguida por Unidad Ciudadana, con 21,74%), en la provincia de Buenos Aires (obtuvo 42,18%; seguido por Unidad Ciudadana, con 36,25%) y en once provincias más. Y aunque no es mayoría, sumó ocho bancas en la Cámara de Senadores, que quedó distribuida entre tres grandes facciones: 25 para Cambiemos, 25 para el Frente para la Victoria que conduce la expresidenta Fernández de Kirchner y 18 para senadores que son peronistas pero definidos como no «k» (otros partidos alcanzan solo cuatro escaños).⁶ Cambiemos es un frente de partidos que expresa una primera minoría frente a un arco político opositor fragmentado. La ausencia de diferentes propuestas electorales peronistas, combinada con la dispersión del voto entre estos, explica, en parte, que la «alegría amarilla» continúe siendo ganadora.

La caracterización que se hace de Cambiemos en su gestión nacional es diversa: conservadora, de derecha, neoliberal, represiva o cercana a prácticas dictatoriales y hasta desarrollista. Desde gobierno de elite empresarial y de CEO, hasta neoliberalismo no doctrinario, pasando por derecha democrática (Delgado & Grandin, 2017; Vommaro, 2017; Schuttenberg, 2018).

Lo que se presenta como evidente, en primera instancia, es su vocación de construcción de poder institucional (que no debe confundirse con corrección institucional) y de creación de consenso ideológico. Dos elementos centrales para un sujeto que se pretende más allá del cortoplacismo: ocupar y mantenerse en cargos públicos clave para la toma de decisiones vinculantes y construir una subjetividad que suponga un núcleo de apoyo consensual a su proyecto. En este sentido, expresaría la ruptura de dos tendencias: el bipartidismo (radicales / peronistas) y el fantasma de la imposibilidad de terminar un mandato producto de la amenaza de ingobernabilidad.⁷

La estrategia del gobierno de Cambiemos se sostiene sobre diferentes narrativas que, incluso, incurren en contradicciones. Por momentos, pareciera sostener una perspectiva neodesarrollista; por otros, de cuño liberal. Pero las narrativas y, más aún, la ideología, no buscan encontrar coherencias lógicas o argumentales sino producir un conjunto de sentidos que permitan movilizaciones, acciones (electorales, de apoyo en la opinión pública, de protesta, de organización, de lobby, etc.).

En términos generales, se observan posiciones diversas hacia el interior de su composición frentista (posiciones contra y a favor del aborto, posiciones más o menos racistas, aceptación de diferentes credos religiosos). Incluso, en el corazón de su alianza hay quienes alimentan la idea de que el Estado este debe estar más presente entre la población, garantizándole oportunidades para no caer en la pobreza. Sin embargo, hay un acuerdo común en el núcleo del gobierno: la profunda creencia en el rol de la economía de mercado como factor de organización de la sociedad en el largo plazo y la intencionalidad de que el Estado sea el garante de dicho proyecto.

Esta creencia puede no ser dicha de manera expresa, pero es confirmada en las acciones. La reforma previsional, votada en un contexto de alta conflictividad a fines de 2017, fortaleció la segmentación de los jubilados y desprotegió a los que tiene menos aportes (en general, por provenir del mercado de trabajo informal), sumado a la baja de haberes. Las propuestas para la reforma laboral —que al momento de escribir este artículo no se pudo llevar a cabo— promovían la rebaja de los aportes y las contribuciones, medidas que, sin transformaciones en el perfil productivo del país y sumado al «techo» impuesto a las paritarias, solo tienden a bajar los costos laborales sin producir mejoras en el mercado de trabajo. De hecho, el gobierno realizó la reforma impositiva a los pocos días de asumir. La disminución de las retenciones derivó en una disminución en el peso relativo de los impuestos progresivos en relación con los más regresivos (el IVA), lo que produjo que la inflación impactara sobre los sectores más bajos de la pirámide social que sostienen un peso relativo mayor de este impuesto.

Pero ¿cómo se vuelve «deseable» una alternativa política de un calibre corporativista tan profundo? Antonio Gramsci (1949), Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) proponen que esta operación es posible gracias a la construcción de una hegemonía en la que los particulares intentan ocupar el lugar del universal, estructurando un amplio campo de lo social a partir de la producción de consensos que dominan (siempre de manera imposible) los antagonismos sociales. Así, una hipótesis puede sostenerse sobre la idea de que el gobierno del «cambio» se ubica en un vacío en la representación que, por oposición o por antagonismo a las identidades existentes, o por disponibilidad electoral, le permitiría (que no es lo mismo que decir que lo logre) construir una identidad social inédita en la Argentina.

El macrismo hace gala de un proyecto nacional que no ancla en el pasado y que moviliza los afectos hacia futuro: «Los invito a vivir esta nueva etapa con el entusiasmo de hacer, con la emoción de tomar el futuro en nuestras manos y la alegría de saber que somos la generación que está cambiando la Argentina para siempre» (Macri, 1/3/2018, en línea). La idea de «cambio verdadero», y todo lo que ella condensa, no supone el fin de las ideologías sino la movilización de una nueva promesa de cierre de la historia.

La estructura textual merece ser mirada más atentamente. «Terminar con la pobreza, para que las personas puedan decidir» o «la fuerza emprendedora del pueblo argentino» (Macri, 30/10/2017, en línea) generan, nuevamente, promesas de «soluciones finales». Todos estos son objetos que estaban disponibles en el imaginario argentino y que en apariencia son útiles para que un conjunto considerable de la población construya identificaciones.

Sin embargo, para una parte de la sociedad argentina, en particular para el caudal movilizado por la identidad «k» —que representa un tercio del electorado—, estas promesas son evidentes «mentiras» (es decir, se constituyen en la creencia inversa / antagónica) frente a una batería de políticas económicas y sociales antipopulares. Pero hay que tener en cuenta que los dogmas que generan las posiciones antagonistas construyen su propio universal y criterios de verdad, por lo cual no puede analizarse la estructura narrativa de una identidad sobre la base de las coordenadas de otra (Stavrakakis, 2010).

El gobierno parte de un diagnóstico que estimula: existe una «grieta» que hay que resolver, una «herencia» que hay que superar y un «cambio» que hay que producir. Estas formas del decir no solo permiten generar un diagnóstico en la estructura de la retórica política, también permiten observar cierta intencionalidad si expresada, la de producir un proyecto más allá de los tiempos electorales inmediatos.

La apuesta a la motivación de los individuos da cuenta de otro tipo de colectivización del proceso (aclaremos: siempre la política se trata de procesos colectivos, el proceso de individuación no los elimina sino que transforma su naturaleza). Frases como «no hay nadie que nos quiera hacer mal, somos nosotros mismos» o «nuestros verdaderos enemigos son la resignación, la indiferencia y necesitamos de todos, unidos, porque los argentinos unidos somos imparables para derrotarlos con coraje, con entusiasmo, con fuerza

y así dar lugar a esta Argentina que tanto soñamos y nos merecemos» (Macri, 1/3/2018, en línea), parecen inspiradas en los libros de autoayuda en los que las causas del malestar y los límites para la acción son producto de la propia imposibilidad individual, en vez de restricciones estructurales.⁸ El ethos del empresario de sí ordena el nombre, la causa y la solución al malestar social. Las causas no son las instituciones internacionales, los disensos sociales nacionales, la estructura de la economía mundial u otro tipo de razones presentes en otros discursos políticos. Es decir, no se trata de «problemas sociales», tampoco de antagonizar con un proyecto político, sino de desazones y de comportamientos negativos individuales.

Pero a la vez que esto se dice se viven situaciones inéditas en las que la oposición es «disciplinada»: un número muy importante de referentes políticos fueron encarcelados bajo la figura de prisión preventiva, sin verificar el riesgo de entorpecimiento de la investigación o el riesgo de fuga, a lo que se le debe sumar el giro en materia de legitimar la represión a la protesta social. Y la solución, por tanto, también es diferente. No se busca la colectivización sino el regreso a las libertades personales, no se busca el conflicto producto de proyectos políticos diferentes sino volver a la paz y la tranquilidad de poder crecer. Pero no evita problemas que otros nombran (promete «terminar con la pobreza») y llama a la mesa de negociación de «consensos básicos», a generar «reformas donde cada uno ceda un poco».⁹ La reconstrucción de una sociedad civil fuerte, dialoguista, transparente y plural es la contracara de la utopía del mercado total que el expresidente Carlos Menem no supo construir, junto con la presencia de un Estado que garantice el desarrollo de las potencias individuales (y económicas).

Algunos elementos para entender la dimensión de la fantasía social

En 1992, Francis Fukuyama, un politólogo estadounidense de origen japonés, escribió *El fin de la historia y el último hombre*. Este célebre libro fue conocido por declarar el fin de las luchas ideológicas en el mundo. Pero había una trampa: lo que se terminaba era la lucha, no la ideología. Una había ganado. El maridaje entre democracia liberal y mercados liberalizados generaba un cierre perfecto, un equilibrio entre política y economía, una sociedad plena en la que los individuos pudieran librarse a ser felices según sus deseos.

Dos años antes, Laclau (2000) había escrito que la ideología no podía fundarse ni en una concepción de la sociedad como totalidad social ni en una donde el agente tuviera una identidad fijada, positiva y no contradictoria. Lo ideológico tiene sede en un no reconocimiento del carácter precario de toda objetividad, «sería la voluntad de totalidad de todo discurso totalizante» (Laclau, 1990, p.106). Pocos años después, Slavoj Žižek (1994) tomaba la posta y sostenía que cuando una operación se denuncia como «ideológica por excelencia», se puede estar seguro de que su inversión no es menos ideológica. Por ejemplo, sostener que los grandes relatos se han acabado, que han fracasado las revoluciones y que ya nadie cree en ellos es una sentencia ideológica por excelencia.¹⁰ En 2002, Eduardo Lander proponía que el mercado se constituía como un mito que permitía organizar la sociedad. Así, el neoliberalismo era una forma particular de promesa de domesticación del «trauma» que radica en el núcleo de cualquier objetividad social.

Aclaremos un poco la naturaleza de este «trauma». Los autores sostienen frases como la «imposibilidad de la sociedad», pero no significa que esta «no exista». Todos sentimos cada día la fuerza que se impone con sus reglas y sus sanciones. Lo que señalan los autores son varias cosas. En primer lugar, esta frase permite sostener una reflexión general en torno a que su existencia es justamente a condición de esa «plenitud ausente». En este sentido, la naturaleza de las subjetividades o de las identidades sociales es la de una falta que mueve a la búsqueda. Los órdenes sociales y las subjetividades son incompletos, pero aún en los más declaradamente «cínicos» existe un intento de recuperar la plenitud. Estrictamente, aquí, el «estar completo» es a través de una identificación (fallida e incompleta) con objetos sociales y culturales. Esto podría traducirse mediante la lógica del «deseo»: perseguir objetos que son imposibles porque nunca llenan del todo lo que se pone en juego en la demanda. Por ello, el sujeto es ante todo un sujeto deseante que intenta llenar esa falta. Pero, en segundo lugar, no hay que olvidar que la dimensión política de este trauma se expresa también en la presencia de antagonismos sociales que impiden el cierre de lo social y de la historia.

Pero volvamos a la cuestión de la dimensión ideológica. Žižek (1998) sostiene que la apuesta de la fantasía es a construir una imagen de la sociedad completa, una sociedad que no esté escindida por una división antagónica, una sociedad en la que la relación entre sus partes sea orgánica, complementaria. La ideología no se debe medir a partir del criterio de falsedad sino de la capacidad de constituir escenas fantasmáticas que prometan plenitud y que organicen la acción. Esto incluye la producción de relatos o de narrativas asociadas a lo pleno, así como la dimensión del goce, que debe estar incluido para que sea efectivo, y la dimensión de los síntomas o de los elementos que se diagnostican como obstáculos pero que también son posibilitadores de la promesa. Por ejemplo (reduciendo la complejidad y los matices), una escena neoliberal típica es la existencia de un Estado que obstaculiza la posibilidad de que los individuos puedan desplegar sus libertades y perseguir la felicidad. Tanto la promesa de plenitud como aquellos síntomas que impiden su realización son importantes. Para ciertas estructuras fantasmáticas, la corrupción, la inseguridad, la falta de unión y la persistencia de «la mentira» son las causas que impiden que la comunidad pueda desplegar su potencia. Para otras, son la desigualdad y la avaricia las que imposibilitan la justicia social.

La repetición en torno a una serie de pasiones (¿odios y amores?) cierra las estructuras discursivas y las identidades sociales en sí mismas. Así, el soporte último del efecto ideológico es ese núcleo insensato, que no resiste el análisis en el nivel de la significación sino de la persistencia de un objeto de afecto, positivo o negativo. Por ello, hay que dar cuenta tanto de la dimensión de la eficacia de la interpelación ideológica en el interior del campo retórico como del conjunto de mecanismos mediante los cuales el goce «preideológico» (lo real) y la fantasía social intervienen en toda operación ideológica. Dicho de otra manera, hay que realizar una lectura del campo discursivo, deconstruir los significados, pero también apuntar al núcleo de aquello que persiste como goce, para entender la efectividad de ciertos discursos que intervienen en la formación de subjetividades sociales (Žižek, 1998; Stavrakakis, 2010).

Individuos merecedores, trabajo, pobreza

Hoy se está cumpliendo un sueño. Termina una época completa sin violencias, y esto que parecía tan difícil se hizo realidad. Por eso hoy, más que nunca, les quiero decir que tenemos que ser optimistas respecto de nuestra esperanza y de nuestro futuro. Yo quiero reiterarles un mensaje de confianza. [...] Y quiero decirles, desde el fondo de mi corazón, que estoy convencido de que si los argentinos nos animamos a unirnos seremos imparables (Macri, 10/12/2015, en línea).

Una semana después de haber ganado las elecciones legislativas de medio término (a nivel nacional, en la provincia de Buenos Aires y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires), el Presidente brindó un discurso en el que se concentraban los ejes centrales de la narrativa del gobierno. Aunque ya habían pasado casi dos años de gestión, el tenedor de la cartera ejecutiva bosquejó las propuestas de reforma impositiva, laboral y fiscal.¹¹ Pero más que detallar aspectos administrativos, la estructura de su retórica se centró en la dimensión prometeica de la política: la eliminación de la pobreza y la construcción de una «Argentina más justa e integrada donde todos podemos tener un proyecto de vida».¹²

En esta enunciación, las reformas no se enmarcaban en meros actos administrativos sino en la promesa de una resolución armoniosa de todos los antagonismos sociales. Dos años antes, también denunciaba los síntomas que impedían esa plenitud social.

La mayoría de los argentinos que votó por nuestra propuesta fue basada en tres ideas centrales: pobreza cero, derrotar el narcotráfico y unir a los argentinos. Hablar de pobreza cero es hablar de un horizonte, de la meta que da sentido a nuestras acciones. Nuestra prioridad será lograr un país donde cada día haya más igualdad de oportunidades, en el que no haya argentinos que pasen hambre, en el que todos tengamos la libertad de elegir dónde vivir y desarrollar nuestros sueños (Macri, 10/12/2015, en línea).

En campaña, como luego durante su gestión, las palabras del Presidente están cargadas de signos que remiten a emociones. Esto no es relevante en sí mismo; todos los presidentes intentan movilizar pasiones. Lo interesante es que para un gobierno para el cual el perfil tecnocrático es tan importante y legitimador, la promesa es encontrar (a través de la resolución de los obstáculos) un futuro pleno de gozo. Primero, se ancla la promesa de sutura final al deseo de desarrollo personal. Luego, se interpela de manera singular a los sectores más vulnerables de la pirámide social.

Argentina es un país con enormes diversidades. En cada provincia, en cada lugar, se han desarrollado distintas formas de ver la realidad. Estas deben integrarse en un país unido en la diversidad. Queremos el aporte de todos, de la gente que se siente de derecha y de la gente que se siente de izquierda; de los peronista y de los antiperonistas; de los jóvenes que están en la edad de la transgresión y de los mayores que aportan su experiencia, porque esa es precisamente la diversidad que nos enriquece y nos hace mejores. Todo esto, reconozco que puede sonar increíble después de tantos años de enfrentamientos inútiles, pero es un desafío excitante, es lo que pidieron millones de argentinos que estaban cansados de la prepotencia y del enfrentamiento inútil (Macri, 10/12/2015, en línea).

La existencia de un conjunto de sentidos en clave de deseos está siempre en cada intento de construcción de una subjetividad social. En el párrafo anterior, se construye (más que interpretar) el deseo de los argentinos: «la unión en la diversidad», que es impedida por la «prepotencia» y por el «enfrentamiento inútil». ¿Pueden objetos como la paz social devenir en objetos de identificación de una subjetividad social? Está por verse, pero el intento está siendo realizado.

Si la «justicia social» es el objeto deseable que en el imaginario peronista organiza el juego de las identificaciones, es también el enemigo a destruir. La «revolución de la alegría» moviliza a las subjetividades en calidad de personas, de «gente», de individuos sostenidos sobre el desarrollo de sus libertades, negativas o privadas. Macri cambia la palabra pueblo por «seres esperanzados», por «personas que apostaron con un optimismo inteligente por el resultado de su trabajo» (Macri, 10/12/2015, en línea).

Michel Foucault (2007) sostenía que el «empresario de sí» es un tipo de subjetividad producida por el neoliberalismo estadounidense mediante el cual la forma empresa es asimilada socialmente y explicaba las formas de comportamiento. Los individuos deben gobernarse a sí mismos y ser responsables y capaces de gestionar sus propios riesgos. Buscan reconocerse en tanto capital humano y someterse a la autoexplotación. Las relaciones se propician a partir de la rentabilidad, el «éxito» se vuelve criterio de medición y los resultados son producto de las decisiones y de los esfuerzos individuales. Esta lógica de la subjetividad colectiva opera sobre la construcción de un mito: la del individuo como único sustrato último de lo social.

Vamos a trabajar para inspirar, en todos, una ética del crecimiento y la superación. Ahí es donde nuestra sed de conocimiento va a encontrar un espacio para celebrar la fiesta de la creatividad y la innovación; el conocimiento es un factor clave para que nuestra potencialidad e individualidad colectiva se transforme en una realidad concreta (Macri, 10/12/2015, en línea).

La experiencia del antagonismo social, que debería estar en el corazón de la democracia, queda anulada desde esta perspectiva (o representa, al menos, un intento por eliminarla). Se concentran los esfuerzos en interpelar al individuo que no puede pero que debería dedicarse al éxito y a la felicidad propios de este «empresario de sí» (Nepomiachi & Sosa, 2015)

Esta receta permite diluir o invisibilizar las tradiciones políticas que dividieron a la Argentina en dos, la nacional popular y la conservadora, reorganizando (no evadiendo) la cuestión de la pobreza, el trabajo y el Estado como elementos cruciales en su narrativa. Para dichas tradiciones, los «enfrentamientos no eran inútiles» sino vitales para la conquista del proyecto y para la vida democrática.

Además de combatir ese enemigo interno que expresa el «narcotráfico» y de superar la «grieta», la meta que más persistencia tiene en el discurso presidencial, y que se autoimpone como medida del éxito, es combatir la pobreza a través de más y de mejores empleos.

Si tuviera que definir una de las motivaciones más grandes que tengo como Presidente, diría que es terminar con la pobreza, para que los argentinos tengan la libertad de elegir sobre su propia vida, de apasionarse y de vivir de lo que los apasiona, de concretar sus proyectos y sus sueños¹³ [...] Si queremos salir de la pobreza hay que crear más trabajo (Macri, 30/10/2017, en línea).

La novedad consiste, pues, en desanclar al Estado de su rol de promotor de la justicia social y de reparador de las desigualdades para amarrarlo al deseo de realización personal. Este es un Estado presente no solo en la retórica sino también en sus políticas,¹⁴ políticas que, desde la perspectiva de quien escribe, no llevan dignidad a la vida de las personas pero sí resultan eficaces en no hacer desaparecer al Estado y en construir la «cercanía» como estilo político.

En las intervenciones del presidente Néstor Kirchner, en cambio, el Estado ocupaba un lugar central como garante de la reparación social. La promesa era la movilidad social, el trabajo y la eliminación de las desigualdades.¹⁵

Se trata, entonces, de hacer nacer una Argentina con progreso social, donde los hijos puedan aspirar a vivir mejor que sus padres, sobre la base de su esfuerzo, su capacidad y su trabajo. Para eso, es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá, el Estado cobra en eso un papel principal, en que su presencia o su ausencia constituye toda una actitud política [...]. Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y de creación de oportunidades, a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud y la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y en el trabajo de cada uno. Es el Estado el que debe viabilizar los derechos constitucionales, protegiendo a los sectores más vulnerables de la sociedad, es decir, los trabajadores, los jubilados, los pensionados, los usuarios y los consumidores. Actuaremos como lo que fuimos y seguiremos siendo siempre: hombres y mujeres comunes, que quieren estar a la altura de las circunstancias asumiendo con dedicación las grandes responsabilidades que en representación el pueblo nos confiere (Kirchner, 25/5/2003, en línea).

Sorprende que en la retórica del gobierno de Cambiemos no se trata de modificar la naturaleza del Estado sino de corregir el rumbo por ausencia de eficacia.¹⁶

Quiero darles, una vez más, la confirmación de que vamos a cuidar a todos. El Estado va a estar donde sea necesario, para cada argentino y, en especial, para los que menos tienen. Vamos a universalizar la protección social para que ningún chico quede desprotegido. Vamos a trabajar para que todos puedan tener un techo con agua corriente y cloacas, y vamos urbanizar las villas para transformar para siempre la vida de miles de familias. [...] Estamos construyendo un Estado abierto, moderno y democrático; un Estado ágil, que simplifique trámites, agilice procesos, jerarquice al empleado público; un Estado íntegro, transparente, que se comunica y tiene interoperatividad con los demás Estados (Macri, 10/12/2015, en línea).

En las enunciaciones del Presidente, el enemigo no es un colectivo sino una autoimpuesta amenaza individual y colectiva: quedarse atado al pasado, no animarse. El Estado no desaparece, se convierte en un facilitador de las dinámicas económicas: «Queremos dejar atrás un Estado complicado, lento, burocrático, pensado sobre normas llenas de vueltas, basado en la desconfianza» (Macri, 2015). El país tiene que «seducir» al mundo, a través de incentivos impositivos. «No hay forma de salir de la pobreza si no nos convertimos en un país exportador» (Macri, 10/12/2015, en línea). El trabajo se convierte en una vía por la cual se reduce la pobreza, elemento persistente en el discurso presidencial. Pero aclaremos, es la salida de la pobreza, no la conquista del trabajo, lo que permite el desarrollo de las potencialidades latentes de la individualidad.

El trabajo se ancla a una concepción tradicional: la del empleo privado y formal.

El segundo eje es favorecer el empleo. Creemos en el trabajo como eje del proyecto de vida de las personas. Necesitamos más y mejores trabajos para millones de argentinos. Entonces, avancemos hacia un esquema de reglas de juego que fomenten el empleo privado, formal (Macri, 30/10/2017, en línea).

A diferencia de los gobiernos previos, el trabajo es concebido como un medio y como un obstáculo. Es un medio para dejar que el individuo alcance el éxito a través del mérito y del esfuerzo personal, para lo cual hay que eliminar las presiones que imponen la sociedad, el Estado y las prácticas corruptas. Pero es un obstáculo para la competencia y la inversión.

En este sentido, la fórmula del gobierno de Cambiemos se volvió típicamente liberal. La reforma laboral propuesta se orientaba a crear nuevas formas de contratación que favorecerían el empleo, a producir incentivos para que las empresas «blanqueen» a sus trabajadores, a ayudar a mejorar la oferta a través de la capacitación y a bajar la litigiosidad laboral. Todo esto orientado a reducir el costo laboral. «Tenemos las capacidades para competir exitosamente con los mejores del planeta, pero no podemos pedirles a nuestras empresas si no cuentan con las condiciones» (Macri, 10/12/2015, en línea). De nuevo, los obstáculos para alcanzar una competencia exitosa son removidos por el Estado a través de propiciar oportunidades de competencia (modernización, generación de créditos, reducción del costo laboral, disminución de la litigiosidad, baja en la cantidad de sindicatos, etc.).¹⁷

Esta nueva fantasía social no supone un simple retorno al neoliberalismo que destruye el empleo, sino a una etapa diferente de transformación del mercado de trabajo. Si durante los noventa este se caracterizó por el alto nivel de desempleo, en la actualidad la informalidad y el autoempleo (o la formación de trabajadores que crean su propio empleo) logra absorber lo que se destruye en el sector privado. A fines de 2017, los trabajadores no registrados alcanzaron 34,2% del total de la Población Económicamente Activa (PEA), por debajo del 34,3% de la medición de julio y de septiembre de ese mismo año pero por arriba del 34,2% que se midió para 2016. Hay que tener en cuenta que si bien se redujo la desocupación (7,6% en 2017, casi dos puntos por debajo de 2016), los empleos registrados privados aumentaron solo 2,2% y los asalariados registrados públicos y privados solo 1,4%. Además, el trabajo se crea en sectores con menores salarios en relación con la media (como la construcción, el comercio y la hotelería) y se destruyen empleos en el sector industrial. Los trabajadores monotributistas (sociales o no) aumentaron (7,4%), al igual que los asalariados de las casas particulares (4,3%) (Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo, 2018).

Así, la apuesta pareciera no evitar hablarle al trabajador (entre otras identidades). Más bien el objetivo es interpelarlo desde otra forma de entender el mundo. Convencerlo de que el trabajo es una empresa, es mérito del esfuerzo y una apuesta a su fuerza emprendedora, tan presente en la retórica de cada uno de los actuales ministros que han dedicado tareas como CEO. Esto es peligroso porque puede ser convincente para un sector de la «opinión pública» que está de acuerdo con esta ética de la «meritocracia», pero también para aquellos que rechazaban (muchas veces con expresiones de odio y de racismo) al kirchnerismo por corrupto, por mentiroso, por incapaz de resolver problemas como la inflación y por ser fuente de vagos (choriplaneros, mujeres en busca de un ingreso vía tener un hijo, etc.). En la actualidad, este tipo de interpelaciones pueden ser efectivas para construir una subjetividad social que permita concretar los dichos de Macri: transformar la Argentina para cinco décadas más.

Las contradicciones son muchas y evidentes. Algunas merecen ser nombradas. Por un lado, la vieja fórmula del pensamiento liberal por la cual la solución se encuentra en el nivel de la oferta y en las capacidades individuales demostró ser poco útil si no hay una generación de empleo que permita la demanda.¹⁸ Por otro, mientras se han generado instrumentos institucionales para crear ganancias y para desincentivar la inversión productiva, se sostiene discursivamente que solo es la educación, y luego el trabajo, lo que premiará a las personas con una salida de la pobreza.¹⁹ Mientras esto sucede, las señales que emite el gobierno parecieran caracterizarse como perversas. Por caso, mientras el ministro de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, declaraba la intención del gobierno nacional de bajar la informalidad a través de las inversiones para crear empleo, una trabajadora que hacía tareas de diferente tipo en la casa y en la vida personal del funcionario lo denunció por tenerla «en negro». Asimismo, el «techo» que se le impuso a las paritarias (15%)²⁰ y las intenciones de reforma laboral anunciadas por el Presidente parecían mostrar otra contradicción entre proponer la lógica de libre empresa y una fuerte intervención estatal.

Pero, de nuevo, no hay que buscar las contradicciones lógicas en una estructura retórica puesto que solo aquello que se instituye como amenaza de la propia identidad, de las figuras que sostienen la propia fantasía, es lo que se convierte en un factor de movilización política.

Conclusiones

En un mundo donde ocho personas poseen la misma riqueza que 3.600 millones (Oxfam, 2017), es decir, que el 50% de la población mundial, América Latina tiene un rol fundamental: ser la fuente de opciones políticas mediante las cuales los más débiles han logrado representación política. Sindicatos, pueblos originarios, campesinos y mujeres se han organizado y, excediendo sus propias demandas corporativas, lograron articular frentes electorales y convertirse en gobierno. Mientras en el mundo el pensamiento político antipopular, conservador y liberal fue ganando terreno, durante las últimas décadas nuestra región libró batallas que todavía no se cerraron. A pesar de que en la actualidad existen gobiernos que van en contra de esa tendencia, el ciclo no se ha cerrado.

En particular, en la Argentina esta batalla se observa en el cambio de estrategias. El gobierno de Cambiemos se ha constituido como una novedad política: expresa la ruptura del bipartidismo histórico nacional, tiene una vocación de construcción de poder institucional público y de consenso ideológico a largo plazo. Lo que llama la atención es la combinación entre una creencia en el rol de la economía de mercado como factor de organización de la sociedad en el largo plazo combinada con la intencionalidad de que el Estado sea el garante de dicho proyecto en lo inmediato.

La movilización de signos asociados a las emociones no es un dato menor. Mientras la inflación no ha cesado de corroer el bolsillo de los más pobres y, en términos generales, las políticas económicas son como mínimo regresivas para los más vulnerables, se propone un proyecto político a largo plazo. Más allá de los tiempos electorales, la promesa de sutura final se ancla en el deseo de desarrollo personal que atraviesa a todos los sectores de la pirámide social. Aprovechándose de la destitución de identidades que se generaron durante las últimas décadas y crisis, el gobierno no desdeña el empleo sino que interpela a los trabajadores en calidad de «emprendedores».

Si bien la constitución de las subjetividades sociales requiere de tiempo, es importante que los proyectos que tienen en su corazón la igualdad (y la justicia social) comprendan la seriedad de esta nueva etapa política en el mundo, en la región y en el país. Economías profundamente concentradas en

pocas manos son posibles por varias razones: el tipo de institucionalidad que opera, generalmente, a favor de los más poderosos, la corrupción sistémica, etc. Pero otro aspecto de la voracidad financiera se sustenta en la dimensión de las fantasías sociales, que aunque parecían no coincidir con un partido, ahora parecieran articularse en una fuerza política.

No se trata solo de la constitución de individuos apáticos, sino también de acciones colectivas orientadas al rechazo (casi racista) de ciertos proyectos (caracterizados como corruptos, mentirosos e ineficaces) pero, también, a la producción de identificaciones y a la construcción de subjetividades movilizadas alrededor de ciertas escenas y goces a ellas asociados. Es preciso, entonces, reforzar lo que se hizo en décadas pasadas. Buscar apoyos, seducir electores, construir identificaciones más amplias. Para ello, declarar un enemigo y denunciar sus inconsistencias, sin entender lo que dicho proyecto oferta, no alcanza. En parte, «retirar el deseo de las representaciones» podría estar acompañado de ponerlo en otras.

Referencias

Costa, F. (2018). Democracia delegativa de alta intensidad: una mirada sobre el régimen político argentino del siglo XXI.

Ciencia Nueva. Revista de Historia y Política, 2(1), 75-98.

Recuperado de

<https://revistas.utp.edu.co/index.php/historia/article/view/16661>

Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica* (Trad.

Horacio Pons). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina:

Fondo de Cultura Económica.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*

[*The End of History and the Last Man*]. Nueva York, Estados

Unidos: Free Press.

- García Delgado, D. y Grandin, A. (Comps.) (2017). *El neoliberalismo tardía. Teoría y praxis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Gramsci, A. [1949] (1972). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Laclau, E. [1990] (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Lander, E. (2002). La utopía del mercado total y el poder imperial. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 8(2), 51-79.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Malamud, A. y De Luca, M. (2016). «¿Todo sigue igual que ayer? Continuidad y ruptura en el sistema de partidos argentino (1983-2015)». En F. Freidenberg (Ed.), *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015* (pp. 27-68). Ciudad de México, México: UNAM-INE.
- Muñoz, M. A. (2010). *Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos*. Ciudad de México, México: EDUVIM – Editorial Plaza y Valdéz.
- Muñoz, M. A. y Retamozo, M. (2008). Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de «pueblo» en la retórica de Néstor Kirchner. *Perfiles latinoamericanos*, 16(31), 121-149. Recuperado de <http://perfilesla.flacso.edu.mx/index.php/perfilesla/article/view/188>

Natanson, J. (diciembre 2015). Buda. *Le monde diplomatique*, (198). Recuperado de <https://www.eldiplo.org/198-nueva-derecha/buda/>

Nepomiachi, E. y Sosa, M. (2015). Un fantasma actual. Notas para una aproximación a la figura del “empresario de sí”. *Diferencia(s), revista de teoría social contemporánea*, (1), 107-124. Recuperado de <http://www.revista.diferencias.com.ar/index.php/diferencias/article/view/15>

Oakeshott, M. (1998). *La política de la fe y la política del escepticismo* (The Politics of Faith and the Politics of Scepticism). Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Oxfam (2017). Una economía para el 99%. Es hora de construir una economía más humana y justa al servicio de las personas [informe]. Recuperado de https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf

Schuttenberg, M. (2018). De la locura a la normalidad. *La Nación* y los primeros cien días de Macri. *Trabajos y Comunicaciones*, (47), e053. <https://doi.org/10.24215/23468971e053>

Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría y política*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET) (2018). Síntomas de precarización del mercado laboral [informe]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Observatorio de Empleo, Producción y Comercio Exterior (ODEP).

Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Yascha, M. (2018). *The People vs. Democracy. Why Our Freedom is in Danger and How to Save It*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.

Zizek, S. (1998). *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Zizek, S. [1994] (2005). *El sublime objeto de la ideología*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Fuentes consultadas

Kirchner, N. (25 de mayo de 2003). Jura ante el Congreso como Presidente de la Nación Argentina [video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=1Zao4M3qXvw>

Macri, M. (10 de diciembre de 2015). Jura ante el Congreso como Presidente de la Nación Argentina [video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xOne7qx6M2k>

Macri, M. (30 de octubre de 2017). Acto de presentación de propuestas para promover un acuerdo nacional sobre un conjunto de políticas públicas. *Casa Rosada*.
<https://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos/41079-el-presidente-mauricio-macri-en-la-presentacion-de-las-propuestas-para-promover-un-acuerdo-nacional>

Macri, M. (1 de marzo de 2018). Apertura del 136° período de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación [video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xLm7FpiQF6c>

Notas

1 La clasificación, aclaramos, sitúa en el primer grupo a los «capitalistas» y en el segundo a los «trabajadores».

2 Similar a los decires del director de campaña del presidente Mauricio Macri, Jaime Durán Barba, quien se identifica con filósofos marxistas como Balibar, quien dice desconocer a Macron.

3 En 1995, pocos años después de la caída del muro de Berlín y de la proclamación del triunfo de la democracia en el mundo, Jacques Rancière afirmaba desde Francia que el abandono de mitos como el pueblo y la soberanía, las clases y la lucha de clases, en beneficio de gestionar lo «razonable», de la optimización de los beneficios individuales y de los colectivos integrables, era la vía de una sociedad pacificada. Esta operatoria, por la cual se proponía el fin de las utopías, suponía la emergencia de otra utopía, la posdemocrática.

4 Los sistemas institucionales son importantes para entender cómo ganan y cómo pierden los candidatos. En la primera vuelta electoral, los candidatos que había impulsado la presidenta Cristina Fernández de Kirchner (Scioli-Zanini) alcanzaban 37,08% (9.333.449 votos). Otra colación de carácter peronista, pero no «kirchnerista», era la opción de 5.386.965 electorales (21,39%). Cambiemos, que se presentaba abiertamente como no peronista y no kirchnerista, sumaba 8.601.063 votantes para subir, luego, a 12.997.938.

5 24% declaraba no saber a quién votar si hubiera elecciones en ese momento y 10,7% a ninguno de los propuestos. En tanto, 7,9% declaraba que tenía otros candidatos en mente.

6 La Cámara de Diputados, en tanto, quedó conformada por: 107 bancas para Cambiemos, 66 para el FPV, 47 para el peronismo no «K», 21 para 1País, 3 para la izquierda (otros partidos alcanzan los 13 escaños restantes). El frente 1País es una coalición electoral conformada por diversos partidos peronistas y no peronistas: el Frente Renovador Auténtico; el GEN; Movimiento Libres del Sur; PAIS; Partido Constitucionalista-UNIR; Partido de la Cultura, la Educación y el Trabajo; Partido Nuevo Buenos Aires; *Partidos Vecinalistas*; Partido Tercera Posición.

7 De trece presidentes que la Argentina tuvo desde 1983, año en el que se instauró la democracia, luego del Golpe de Estado de 1976, seis no pudieron culminar su mandato. De ellos, cuatro eran peronistas (durante la crisis de 2001-2002) y dos (Alfonsín y De la Rúa), que renunciaron, de origen radical.

8 Natanson (2015) sostiene que el macrismo logró asemejarse a un budismo occidental *new age* y que esto es lo que le permite a diferentes sectores sentirse identificados. «El budismo new age, suficientemente amplio para admitir a un católico o un ateo, a un empresario o a un trabajador, a un radical o a un peronista, es una doctrina más filosófica que religiosa, que refuta la existencia de un dios y carece de un único texto sagrado. El budismo no postula la existencia de un creador del universo y, a diferencia de las tres religiones del libro, rechaza los dogmas. Como Macri durante la campaña, predica la tolerancia y la serenidad, y no concibe las excomuniones» (en línea).

9 Claro que este tipo de negociaciones son tramposas si no se atiende que muchos tienen poco para ceder porque están en los bordes de la mesa. Para muchos, retroceder un paso es muy peligroso.

10 Para Zizek [1994] (2005), la lógica de la ideología se basa en externalizar una «necesidad» interna, considerándola como casual y no como causal. Es decir, mostrar cómo la relación entre las excepciones y las estructuras, los universales y sus síntomas, se basa en un particular que logra organizar el mundo social y sus procesos de «naturalización».

11 Su modalidad discursiva no se inscribe en lo que Oakeshott (1998) propone como «la política del escepticismo», aquella orientada a gestionar lo posible, sino en la «política de la fe».

12 Esta frase integra el siguiente fragmento: «A los argentinos nos ha costado construir un mundo compartido, porque nos hemos mirado el ombligo permanentemente. Muchas veces se pensó que el poder es algo de lo que hay que apropiarse, una cultura que celebra la vivada, que es incapaz de construir instituciones, una cultura que en vez de tomar el poder como un servicio dijo: “tengo el poder y ahora me abuso de él”. También creo que nos hemos obsesionado en debatir ciertos temas, referenciándonos en cómo se planteaban en el pasado. No se trata de negar nuestra historia, se trata de entender que en nuestra historia nos ha costado crear un mundo común. Por eso, para salir de la pobreza tenemos que organizarnos, ser protagonistas de esta transformación, para eso los convoco a lograr entre todos consensos básicos, que nos permitan trazar un camino de futuro, una hoja de ruta que nos guíe en la construcción de reglas que nos den estabilidad y nos lleven a una Argentina más justa e integrada donde todos podamos tener un proyecto de vida» (Macri, 30/10/2017, en línea).

13 El Presidente continuó: «Pero es inadmisibile que en un país con las condiciones estructurales que tenemos haya tantas personas en la pobreza. Somos un país grande, rico en recursos, pero la herramienta más valiosa, más allá de toda riqueza, es la fuerza emprendedora del pueblo argentino. Solo hay que desatar los nudos que nos tienen maniatados para poder liberar toda es potencialidad latente en nosotros» (Macri, 30/10/2017, en línea).

14 Como, por ejemplo, «El Estado en tu Barrio».

15 Los gobiernos progresistas en América Latina habían constituido su mensaje en contra del neoliberalismo, al considerarlo una amenaza al trabajo y, por esa vía, devenir en un sistema que masivamente producía vulnerabilidades sociales (Muñoz, 2010).

16 Para profundizar sobre la estructura retórica del presidente Néstor Kirchner, ver Muñoz & Retamozo (2008). Entre Mauricio Macri y Carlos Menem hay un parecido de familia en la articulación entre Estado y mercado como estrategia organizadora de lo social. «Queremos un Estado programador y orientador. Queremos un mercado transparente y eficaz», era el mensaje de Menem a la Asamblea Legislativa el 1 de mayo de 1993. Pero el contexto de enunciaciones era el de fuertes privatizaciones y despidos masivos del Estado. Menem agregaba: «El plan económico me lo dicta Dios». Este tono religioso contrasta con la secularidad empresarial del presidente Macri. En el caso de Menem la estructura retórica se organizaba a partir de la estabilidad y de la justicia social, bienes colectivos deseables y caminos hacia la plenitud social. Los enemigos de la sociedad argentina eran la inflación y el caos, y el nuevo pueblo era el ciudadano asimilado a la figura del consumidor (Muñoz, 2010).

17 Esta fórmula, en la que el síntoma se presenta como límite a la libre competencia, puede encontrarse en Macri (30/10/2017).

18 El diagnóstico es sencillo: hay que ajustar la oferta de trabajo puesto que su calidad no se adapta a los estándares internacionales.

19 Los sectores económicos que más crecieron durante 2016 y 2017 fueron el sector financiero, las empresas de servicios públicos, el sector agrario, de transporte y comunicaciones, y el inmobiliario. La industria manufacturera, el comercio, la minería y la administración pública (que son más mano de obra intensivos) tendieron a la baja o al estancamiento.

20 Porcentaje que al ser más bajo que la inflación genera en lo inmediato la pérdida del salario real.